

VII.—LA LLAMADA IGNORANCIA DE LOS MISIONEROS Y DE LOS CONQUISTADORES

El segundo cargo que Juárez y la grey liberal lanzan a los frailes, es el haber sido profundamente incultos, y por tanto, el haber "embrutecido" a los indígenas, cual lo traía escrito el pendón de la barbarie que precedía a Carranza, a su entrada en la Capital: "El clero es la oscuridad." (Ica. 2 enero 1915.)

Esas vulgaridades, hijas del espíritu de partido y de la falta de cultura, contéstánlas victoriosamente los misioneros. Uno de ellos, el P. Alonso de la Veracruz, a su llegada de España, trajo 60 cajas de libros, una colección completa de instrumentos científicos, con gran número de globos y mapas. (Tr. julio 1917) Otro fraile, el P. Diego Basalenque, muy florido en letras, artes y religión, y cuyo cuerpo se conservaba incorrupto en la iglesia de San Agustín, en Morelia, viviendo aún el señor Alamán (Al. V. 46) fué valiosa muestra de aquella instrucción vasta y esmerada, tal como entonces se impartía en los claustros. Venido a Nueva España de nueve años de edad, a los quince entró en un convento de agustinos, y allí aprendió no sólo Teología, Mística, Moral y Cánones, en que fué muy versado, cual certifican sus numerosos escritos, sino Filosofía y Humanidades, lenguas latina, italiana, griega, hebrea, mexicana, pirinda y matlatezina, y Astronomía, y Arquitectura, y Música, y Poesía. (Prim. p. 128). Así es como "los misioneros dieron conquistas a la fe, luz a la ciencia y admiración a los siglos venideros con sus hercúleos trabajos filológicos" (Icaz.) ¡Cuántos mexicanos progresistas y deturpadores de la ignorancia frailuna, serían capaces, hoy en día, de presentar examen sobre una tercera parte de materias tan vastas y arduas!

"Los misioneros españoles no solo dieron cima a una obra de evangelización como no se ha realizado en parte alguna, sino que además contribuyeron de un modo maravilloso a aumentar los conocimientos humanos. Hubo entre ellos algunos de los más notables historiadores que América ha tenido, que eran, además, los hombres más doctos en todos los ramos del saber, como Geografía, Historia Natural, Física y otras ciencias; pero más especialmente en el estudio de las lenguas. No eran meros cronistas, sino investigadores de las antigüedades, artes y costumbres de los indígenas; realmente historiadores que sólo pueden parangonarse con los grandes clásicos Erodoto y Estrabón. En la lista ya larga e imponente de autores misioneros españoles, hay nombres como Torquemada, Sahagún, Motolinia, Mendieta y muchos otros cuyas voluminosas obras forman la más grande e indispensable ayuda para el estudio de la verdadera Historia de América." (Spa. p. 84, 168, 169) Nada de esto era de extrañar, sabiendo, como dijo el Presidente Roosevelt, que "la omnisciencia de aquellos frailes españoles, ante quien compareció Colón en Salamanca, era tal que ellos presintieron la existencia de estos dos continentes, lo que el mismo Colón murió sin saber." (Veg. 1913. p. 285).

Estos elogios venidos de historiadores protestantes, los sube de punto un liberal impenitente, Esquivel Obregón, para quien "la sola labor filológica que los misioneros llevaron a cabo en los primeros años después de la conquista, bastaría para honrar a los más ilustres cuerpos científicos de Europa y América." (Ob. p. 257).

Encarece lo anterior otro liberal sin Dios y sin Santa María, tan encariñado con la reforma y los bienes que trajo, que "a una Mater Dolorosa le arrancó brutalmente los aretes durante la reforma, y los colocó en las orejas de su mujer." (Seb. 1. 24). "Fueron los religiosos, narra Manuel Payno, los que conservaron los recuerdos históricos, los que recogieron las tradiciones orales, los que pudieron interpretar los jeroglíficos, los que aprendieron los idiomas de las diversas naciones que poblaban este vasto país. Las historias,

las crónicas, las gramáticas, los tratados de los diferentes conocimientos humanos que se alcanzaban en la época de la conquista, todos están escritos por frailes, por clérigos, por jesuitas."

Esto dicen los liberles en abono de los misioneros católicos. ¿Quién hace ahora el elogio de los maestros de las escuelas laicas? Más bien, ¿quién los habrá condenado y denunciado a la pública execración en términos más virulentos y despreciativos, como los liberales Esquivel Obregón, García Naranjo, Francisco Vázquez Gómez, profesores Bulnes, Sherwell, Palavicini, y muchos más cuyas acusaciones vienen archivadas para perpetua memoria y eterna ignominia, en nuestro opúsculo "La Enseñanza oficial y la religiosa comparadas."

Los conquistadores no les venían en zaga a los misioneros, como se figura la impiedad mexicana, en eso de ilustración y cultura. Hubo entre ellos una falange de escritores notables cuyas obras han despertado la admiración y merecido las alabanzas de sabios aun extranjeros, no tan incultos como los descastados hijos de México. Sobresale entre aquéllos el conquistador Hernán Cortés, grande y noble figura, "figura colosal, escribe Orozco, que a pesar de muy notables defectos, queda siempre tan alta, que es preciso alzar los ojos para verle el rostro." "Hombre muy ilustrado que, como César, escribió su propia biografía." (Spa. p. 51. Prescott). Sus interesantísimas "cartas a Carlos V están escritas, refiere Prescott, con tal simplicidad y elegancia, que bien merecen figurar al lado de los Comentarios de César. No es fácil encontrar en los escritos de aquel tiempo, ninguno que con más concisión nos dé ideas más cabales, no sólo de los acontecimientos, sino aun del carácter de los países conquistados." Andrés de Tapia, compañero de Cortés, compuso él también una importante **Relación Sobre la Conquista de México**. Cabeza de Vaca, el infatigable caminante de América, que durante nueve años recorrió más de 10,000 millas a pie, entre fieras y hombres aun más fieros, a quienes evangelizaba, sin armas, desnudo, hambriento y en tierra desconocida, componía libros, acerca de sus cacerías, tan novelescos como cuento de hadas; uno de éstos, titulado **Naufragios**, alcanzó dos ediciones: la primera en Zamora, año de 1542, y la otra en Valladolid, por el 1555. (Ki. p. 27). Jiménez de Quesado, conquistador preclaro de Colombia, es autor de una historia escrita en correcto latín; otro soldado, Bernal Díaz del Castillo, refiere sus proezas en una "incomparable crónica" (Icaz) escrita con nervio, y de estilo personalísimo y vibrante. Tuvo la gloria el poeta Francisco de Terrazas, hijo del conquistador del mismo nombre, de haber sido elogiado por el gran Cervantes en su **Canto de Caliope**. Si no con la pluma, "con la punta de su espada trazó Hernando de Soto en la Florida, la más épica de las historias, narrada con veracidad por un descendiente de los incas, Garcilaso de la Vega" (Elg. 1921. p. 1019).

Lo más admirable es que si entre los conquistadores hubo algunos que eran hijos de castas de hidalgo, no ayunos de ciertos tintes de cultura, los más eran villanos desgarrados de las soldadescas colecticias, que Cortés en una de sus cartas llamó gente ruin y de baja suerte. Sin embargo, de material tan basto salieron en aquel siglo tantos poetas, hijos de conquistadores, "que hizo decir a un coetáneo, con frase más enérgica que pulcra, que había más poetas que estiércol." (Icaz.)

Si "sorprende al protestante Lummis el que entre los exploradores españoles haya habido tantos hombres ilustrados," (Spa. p. 24) no así a quien sepa que "era la España del siglo XVI, en palabra de un sabio extranjero y acatólico (Mackintosh), la más próspera y magnífica de las naciones europeas," (Cien. I. 185) a la vez que estomaga y causa náusea oír esta mil veces gargajada afirmación idiota del ministro Lafragua: "Los conquistadores eran hombres de muy escasa ilustración," (Dub. VIII. 319) y esta san-

dez de otro ministro, Joaquín Baranda: "¡Maldita sea la ignorancia y fanatismo de los conquistadores!" (Bar. p. 11).

Teniendo de nuestra parte a Icazbalceta, a Bourne, a Lummis, a Baudelier, bien podemos reirnos de las chirinolas históricas de un Baranda y demás viejos chirriscos de la malvada congrega liberal.

VIII—LOS MISIONEROS ESPAÑOLES Y LAS PRIMERAS ESCUELAS DEL NUEVO CONTINENTE.

Los protestantes, a quienes arde la idea de que haya sido el catolicismo el primer factor de la cultura intelectual y civilización cristiana en América, quieren vender como un hecho el que la primera escuela pública habida en este continente, fué la de Dorchester en Massachusetts.

La verdad es que, respecto a la América de habla inglesa, esa honra pertenece indudablemente a unos Padres recoletos venidos de Francia. En Port Royal, Canadá francés, establecieron la primera escuela, la que era católica y mixta, para los niños tanto de los indígenas como de los colonos, cual se refiere en un informe remitido en 1633 a la Congregación de la Propaganda. (*The Missionary*. Feb. 1921. Washington)

Cuanto a México fué el lego flamenco, Pedro de Gante, quien en 1524 (J. Sierra) fundó tras del convento de San Francisco, en la Capital, la primera escuela primaria abierta en América, junto con la iglesia de San José de Naturales y más de cien otras iglesias, según reza una leyenda en un retrato suyo. (Pery). Trece años después, en 1537, escribía el obispo Julián Garcés, acerca del adelanto de los niños indígenas: "Es tanta la felicidad de sus ingenios, que escriben en latín mejor que nuestros españoles, y los que se dan entre ellos al estudio de la lengua latina y castellana; no salen menos aprovechados que nosotros.

En 1541, cuatro años corridos desde aquella fecha, podía el P. Motolinia anunciar esta buena nueva: "Todos los indios saben leer así el castellano como el latín, aun los que ha poco comenzaron a se enseñar." (Tor. p. 177) de donde se deduce que como ahora saben hacerlo muy pocos, la instrucción era más difundida que actualmente en aquellos llamados tiempos de oscurantismo.

"Con ese sistema, dice Esquivel Obregón, España logró con gran economía enseñar el idioma castellano a los indios casi en todo el territorio nacional, cuando los E. U., gastando muchos millones, no han conseguido, después de 37 años de trabajo, que sepan leer y escribir más que el 20 por 100 de los 300,000 indios que quedan en este país," (Ob.) reclusos en un pequeño territorio como reliquia en un museo; y cuenta que tuvo el riquísimo gobierno americano sobre los pobres misioneros, la ventaja de atender tan sólo a la educación de unos pocos indios, reunidos todos en sitios adecuados, o reservaciones, en tanto que los frailes tenían que educar a 4 millones esparcidos en regiones abruptas, escasas de comunicaciones y sobre una inmensa superficie, casi tan extensa como el imperio ruso.

Resultados muy más mezquinos todavía han conseguido en México los llamados científicos de la farándula liberal. Tras de un siglo, y no 37 años solamente, en vez de enseñar a leer y escribir al 20 por 100 de los indígenas, lo que han hecho ha sido "embrutecerlos," expresión de Bulnes. (Who. p. 323) Si el censo total de la población, incluso blancos e indígenas, arroja sólo un 7 por 100 de personas capaces de leer y escribir, este último dato suministrado por Esquivel Obregón (Ob. p. 183), ¿hasta dónde no bajaría

el porciento que corresponde a los indios enseñados en la escuela laica, zafados de ese número los concurrentes a planteles católicos?

Ante ese admitido fracaso, en vez de bajar confuso la frente estirase el esponjado Esquivel, y olvidados sus elogios al insuperable sistema educativo de los misioneros, no teme contradecirse, enseñando junto con su pata de gallo lo oreja del sectario en este desatino indigno de un escritor de tantas polendas: "Los misioneros atendieron al lado moral con exclusión del intelectual. Es indudable que los misioneros tenían un sistema deficiente, por cuanto a que se reducían a enseñar doctrina religiosa." (Ob. p. 261)

Después de la sonada bancarrota de la escuela laica, por liberales denunciada y tildada de "ignominiosa, embrutecedora e inmoral en sumo grado," no poca deshonra es para un llamado intelectual denigrar los planteles católicos solo porque en ellos se imparte la doctrina cristiana. Aun cuando en ellos se diera única y exclusivamente enseñanza religiosa, ¿es posible desconozca aquel petulante escritor que la doctrina cristiana bien entendida y exactamente aplicada es infalible panacea para cuantos males aquejan a la humanidad, y es la ciertísima solución de todas las cuestiones sociales y políticas en que se cifra la verdadera civilización; porque mantiene todo lo que la impiedad quiere destruir. El mayor anticlerical que haya padecido Francia, Edgar Quinet, cuyo odio al catolicismo llegaba no solo a querer destruirlo, sino a "deshonrarlo y hundirlo en el fango," dejó salir de su boca blasfema la frase célebre: "Toda civilización surge de la idea de Dios, como un río de su fuente." ¿Qué maestro laico enseñará con mayor autoridad que la del catecismo, el respeto del hogar doméstico, de la propiedad individual, del principio de autoridad, de la integridad de las costumbres, del amor al prójimo, y el deber de dar hasta la misma vida por el bien superior de la patria? Contra la evidencia de los hechos y la experiencia de los tiempos, responde Obregón con la fatuidad característica de todo librepensador: "Nosotros los liberales sabemos que esto es un error," (Ob. p. 269) error que pretendió la ineptia revolucionaria enmendar de este modo peregrino: "Cierta gobernador de Puebla creyó que podía obligar a todos los habitantes del Estado, aun a los que sólo hablaban idiomas indígenas, a que aprendieran a leer y escribir el castellano en brevísimo lapso, y conminó con penas a los reincidentes." (Cale. p. 188.)

Cabalmente, debido a eso que el liberalismo tan presumido como inepto tacha de erróneo, Pedro de Gante, aunque tartamudo y difícilmente entendiesen su lenguaje los españoles, pudo reunir en su escuela hasta mil niños, de quienes se hacía tan bien entender que, junto con darles educación moral y civil, les enseñó latín, música y canto, para surtir de músicos y cantores a todas las iglesias; y con los adultos estableció una escuela de bellas artes y de oficios en la que se formaron con todo esmero, a fin de proveer de objetos necesarios para el culto y las iglesias, no menos que de operarios para la fábrica de éstos, pintores, escultores, talladores, canteros, carpinteros, herreros y otros oficiales. Lo que en la capital hacía el P. Gante en pro de la enseñanza de los indios, reproducíanlo, si bien en pequeño, los misioneros desparramados en Nueva España, donde cada convento tenía su escuela anexa. Ya en 1543 florecían en Michoacán buen número de escuelas para las tres clases: españoles, mestizos e indígenas. (Vas.) Allí, en medio de grandes penalidades y pobreza, y abrumados con el ministerio sacerdotal, los religiosos gastaban sus últimas energías enseñando diariamente a los indígenas, "sin tener más útiles escolares, por falta de recursos, que el puntero con que señalaban las figuras para explicarlas, y el Breviario o Misal en que daban a conocer las primeras letras. (Prim.)

Notando el señor Zumárraga el adelanto de los ateizados discípulos de Fray Pedro de Gante, resolvió proporcionarles los medios de ampliar sus estudios en un colegio especial, que fué el de Santa Cruz de Tlaltelolco, por él fundado en un barrio de México. Quedó abierto el 6 de enero de 1533 (Vas. I. 386) con 60 alumnos, y a perpetuidad sostenido a costa del buen virrey Antonio de Mendoza. En él se enseñaba Religión, buenas costumbres, lectura, escritura, Gramática latina, Retórica, Filosofía, Música, parte de Teología y Medicina mexicana. (Icaz, Vas.)

Por confesión de un profesor de las escuelas oficiales, "ni el México colonial, a la desaparición de Gante, ni después el México independiente, han sabido establecer un colegio para indios como el de San Francisco, que respondiera como aquél respondía, a las necesidades de la época." (Quin. p. 98.)

Entre los profesores de aquel colegio los hubo tan eminentes como el francés Fray Arnaldo de Basac, gran lengua mexicana, perito en Música, y el primero que en el Nuevo Mundo enseñara la lengua latina (Elen. p. 133): Fray García de Cisneros, primer provincial de los franciscanos de México: Fray Andrés de Olmos, dueño de cuatro o cinco lenguas de indios, escritor de sus antigüedades, apóstol durante 43 años de naciones bárbaras, muerto con fama de santidad: Fray Francisco de Bustamante, el mayor predicador de su tiempo; Fray Juan de Gaona, alumno distinguido de la Universidad de París, fundación de Carlomagno (791), madre y maestra de todas las Universidades, "cuyo número de alumnos a veces igualaba al de los habitantes" (César Cantú. *Historia Universal*), la que en su seno contó casi a todas las celebridades del Medio Evo, Alberto Magno y Sto. Tomás, ambos a dos bastantes para su gloria: Fray Juan Foher, francés, doctor en Teología por esa misma Universidad, oráculo durante 40 años, de nuestra primitiva Iglesia, y Fray Bernardino de Sahagún, escritor insigne, "fundador de la Antropología americana," (Wal) padre de los indios, que gastó su vida entera en doctrinarlos. ¿Qué hinchado doctor, qué condecorado catedrático aceptaría hoy una escuela de primeras letras en una oscura aldea, y aceptada, no la renunciaría al punto de ofrecérsele, por ejemplo, una mitra, como a Fray Francisco de Soto que la rehusó, prefiriendo seguir enseñando los indígenas; (Elen. p. 132) y como el humilde lego, Fray Pedro de Gante, que por tal de no abandonar sus escuelas de pobres indios que rigió con tanto amor por espacio de medio siglo, no quiso recibir las Ordenes sacerdotales, ni mucho menos la consagración episcopal, por él tan justamente merecida, que el señor Montúfar, arzobispo de México, le llamaba el verdadero prelado de la arquidiócesis?

Con tales profesores salieron escolares tan aprovechados que los enemigos de la instrucción de los indios, al ver su "grande habilidad en escribir cartas y coloquios en elegante latín," y su ardor en discutir sobre puntos de Teología y Escritura Sagrada, se asustaban y decían que era aquello "muy dañoso como el diablo, y que el colegio era el infierno, y los que estaban en él, discípulos de Satanás," los que, con el tiempo, llegaron a ocupar cátedras en el colegio, y enseñar a jóvenes religiosos españoles. Juan Esteban, humilde lego de la Compañía de Jesús, distinguióse tanto como profesor de instrucción primaria, que desde España enviaban las familias a sus hijos a través del mar para procurarles la instrucción sólida y eficiente que impartía aquel indígena, (Lett) La raza conquistada, dando maestros a sus conquistadores.

Más aún: "La actividad literaria del siglo 19 débese en parte a la elevada cultura que distinguió al período colonial, cuyos numerosos teatros, erigidos en ciudades aun cortas, asienta un americano anticatólico, despertaron en sus habitantes, la producción de obras dramáticas." (Cos. p. 334)

Con toda justicia se afirma que el teatro mexicano lo originaron las representaciones sagradas que los misioneros, como Fray Juan Bautista, el historiador Torquemada, y "aun los alumnos del colegio de Tlaltelolco compusieron" (Icaz) para instruir, deleitándolos, a los indígenas, en los misterios de la religión.

No poco ayudaron los misioneros y sus colegiales a crear una parte principal de la literatura genuinamente mexicana, distinguiéndose entre éstos un pariente de Moteczuma, Antonio Valeriano, que fué notable latino, retórico, filósofo, y enseñó la lengua mexicana al historiador Torquemada.

"Lo más notable de todo, dice admirado Lummis, es que no solamente la actividad intelectual de los españoles creó entre ellos mismos una constelación de escritores eminentes, sino que al cabo de pocos años, había una escuela importante de autores indígenas. Para la verdadera Historia de América, sería una pérdida irreparable la de las crónicas de escritores indios, tales como Tezozomoc, Camargo, Pomar y muchos otros "cuyos trabajos se han perdido," (Icaz) "entre éstos los de Hernando de Alvarado Tezozomocztín." (Disert. II. 129) "Y qué ganancia no hubiera tenido la ciencia si nosotros (los norteamericanos) nos hubiéramos tomado la pena de enseñar a nuestros aborígenes, para que se prestasen tan útil ayuda a sí mismos y a los conocimientos humanos!" (Spa. p. 84.)

Pero ¡cuándo iban los americanos protestantes, con su falta de ideales católicos, a echarse encima tan ardua tarea, ellos que declararon, por boca de su estadista, Enrique Clay, que la civilización del indio era empresa imposible; (Mozans. *Along the Andes and down the Amazon*) ellos "cuya tiranía, dice el eminente economista de Tocqueville, hizo a los indígenas más salvajes y menos civilizados de lo que eran en su primitivo estado!" (Sm. p. 322)

IX.—LOS MISIONEROS ESPAÑOLES Y LAS PRIMERAS ESCUELAS DEL NUEVO CONTINENTE. (Continuación)

En el sitio llamado de San Juan de Letrán, frente al convento de San Francisco, tenían los frailes un hospital para los niños indios recogidos en su escuela. En 1547, (Vas) el Virrey Mendoza convirtió el hospital en un colegio para los muchos niños mestizos, o hijos ilegítimos de español e india que vivían abandonados de sus padres; y por diligencias de Fray Pedro de Gante, Carlos V señaló 300 ducados al colegio (F.O.), el que fué adjudicado cuando la gran ladronera de la Reforma, a un ministro de Juárez, Matías Romero, (Pay) "hombre honrado a carta cabal" (Elg. 1921. p. 138), escribe D. Francisco Elguero, sin duda por haberse incautado un inmueble robado a la Iglesia, traído los protestantes a México y regaládoles la magnífica joya del templo de San Francisco, cabalmente con toda honradez.

A los 25 años de hecha la conquista, habían fundado los españoles en la ciudad de México: enfermería, asilo y escuelas para los indios y mestizos de uno y otro sexo.

"En los primeros 65 años de esa conquista, confiesa Matías Romero, no menos de siete cátedras universitarias habían sido establecidas en la Capital sobre sólidas bases; mientras en el resto del país, en las ciudades de importancia existían otras, y aun las había en ciudades (tan cortas) como Pátzcuaro, Guanyangueroo, Huisquilcan, Tireptio y Tepotzotlán, en donde existían colegios florecientes." (Rom.)

Fué sólo después de atender a la educación de los indios que los españoles pensaron en su raza, año de 1575, cuando el P. agustino, Alonso de la Veracruz, erigió su gran colegio de San Pablo, primera escuela mixta para criollos y españoles. (Cycl.)

Para la enseñanza de las niñas indias, asienta Icazbalceta que al principio se las reunía en grupos en los patios de las iglesias donde les explicaban la doctrina los colegiales más adelantados, a quienes después reemplazaron otras niñas ya bastante instruidas.

Vistos los inconvenientes de aquel sistema, los misioneros fundaron casas en que recogían doncellas bajo la dirección de alguna matrona española, o mujer honrada, como entonces se las llamaba. El señor Zumárraga fundó él solo ocho o nueve de esas escuelas en otros tantos pueblos de su diócesis.

Al año de haber llegado los misioneros, "en 1525, la instrucción de las niñas indias, según autor coetáneo nuestro, (Dec) fué iniciada por monjas teresianas, y continuada por terceras franciscanas en los más de los 85 conventos que éstas tenían entonces en México." En 1530, el señor Zumárraga consiguió le enviara la reina seis beatas religiosas para una escuela de niñas (Icaz), y mandara a la Real Audiencia les construyese casa y monasterio, para cuya construcción donó el santo obispo \$200 de oro. En 27 de Nov., de 1532, envióle la reina otras beatas para "enseñar, decía ella, nuestra santa fe a las niñas hijas de caciques y personas principales de esa tierra," (Domi. p. 12) en 1534, el señor Zumárraga que, unido a otros obispos, quería y solicitó con éstos instrucción para las niñas de "toda la tierra de Nueva España," trajo de la metrópoli siete beatas para la educación de las niñas indias de la ciudad de México, con orden para la Real Audiencia de proveerlas de pan, las que duraron hasta 1540. Reemplazáronlas unas monjas de la Purísima Concepción cuyo monasterio, decía el rey en 20 de octubre de 1570, hace "muchos años que se fundó a instancias del arzobispo de esa ciudad, predecesor del que al presente es." (Domi. p. 18. 175.)

Las niñas salidas de allí para tomar estado, y las que llevaron vida de beatas, enseñaron después a otras, con la ventaja sobre las maestras españolas de poder hablar el mismo idioma que sus discípulas.

Andando el tiempo, fundáronse asilos así para niñas indias como para mestizas, y aun para las de raza española, las cuales, por razón de su sexo, requerían mayor cuidado aun que los varones. El virrey Mendoza fué igualmente fundador de una de esas casas a las cuales el rey señaló rentas y mandó se favoreciera con empleos a los que se casaren con alguna de aquellas niñas. A diferencia del protestante anglosajón, el Gobierno español siguió favoreciendo la unión de las razas, con reducir extraordinariamente el número de hembras inmigrantes cuyo resultado fué el robusto mestizaje que constituye la parte más vigorosa de la nación, su médula ahora, como dice acertadamente Rabasa!

Entre aquellas niñas algunas sabían leer, pero en general no sabían de doctrina y labores de manos, según era la costumbre entonces y mucho después. Entonces no se creía la ineptia liberal de que la escuela laica fuese el origen de toda civilización. Creíase que ésta únicamente se encuentra en la Doctrina Cristiana o "Decálogo, que es la constitución esencial de la humanidad" (Federico Le Play), doctrina que a más de señalarnos el camino de nuestros eternos destinos, nos enseña el respeto de la autoridad, de la propiedad privada, de la santidad del hogar, de las costumbres y prácticas religiosas, normas inmejorables, consagradas por la experiencia, para vivir en paz y amistad tanto en el hogar doméstico como en la sociedad civil, conforme lo enseña San Pablo: "Amándoos recíprocamente con ternura y caridad, procurad anticiparos unos a otros en las señales de honor y de deferencia" (Rom. 12. 10)

Enseñanza tan bien aprendida, aun por los indios analfabetos, que a éstos los exalta el protestantismo anglosajón sobre sus connacionales letrados. "Antiguamente, asienta un americano, nadie ganaba al mexicano en finura de modales. Amigos, conocidos y ex-

traños, todos eran objeto de la misma cortesía de trato. Este distintivo no era propio solamente de las clases altas; muchas veces los más humildes pordioseros mostraban una urbanidad y distinción de maneras que hubieran causado envidia a un príncipe de sangre real." (Ralph Emerson Twitchell. *Leading Facts of New Mexican History*) No sólo antiguamente, aun perdurando la barbarie carrancista, "es México, escribe un viajero inglés, un país más civilizado que E. U." (Hamilton Fife. *The Real Mexico*) aunque analfabeto. De otro escritor americano éste: "Los mexicanos poseen una paciencia asombrosa. Para adquirir un poco de ella, trabajo le ha de costar al anglosajón, antes de poder asimilarse algo del majestuoso decoro que distingue a un indio azteca." (*The Forum*. 1919. p. 403.)

"El indio, cierra el nefando Poinsett, es un pueblo afabilísimo, al que distingue un buen natural y una gran cortesía que le es congénita. Es virtuoso, amigo del orden, apegado a todas las prácticas de su Religión y observante de sus deberes morales. Entre ellos el hurto es cosa muy rara: mucho más raros son los asesinatos; y cuando ocurren, se puede siempre atribuirlos a la embriaguez." (Poin)

Al igual de aquellos indios, tampoco supo leer y escribir el emperador Carlomagno, a decir de Esquivel Obregón, ni el conquistador del Perú, Francisco Pizarro; pero supieron, inspirados por la fe católica, grabar de un modo indeleble sus nombres en los fastos de la Historia: Pizarro, como uno de los más grandes héroes y una de las glorias más limpias de este continente, según lo aclaman sabios americanos protestantes (Spa); y Carlomagno, como uno de los más ilustres emperadores a quien cupo la gloria de haber fundado aquel centro y foco de civilización europea, la afamada Universidad de París.

Que si en el México antiguo, no eran las mujeres letradas como los marimachos que ahora lo deshonran, en cambio eran celebradas por su trato afable, y adornadas de aquellas virtudes cristianas, que, a más de realzar su hermosura, embalsamaban, santificándolo, el hogar doméstico, donde ellas formaron hombres que dieron lustre a la Religión y a la patria. Estragadas las antiguas costumbres por la irrupción de la herejía liberal, "esa mujer ignorante, pero piadosa y buena en grado heroico, confiesa el liberal Cosmes, ha sido la barrera única que ha encontrado la desorganización social producida por medio siglo de guerras civiles." (Cos. t. 21. p. 356)

En aquel siglo XVI, para nueva España su verdadero siglo de oro, en el que los misioneros españoles llevaron a cabo tantas obras en pro de la ilustración de los indígenas, fué cuando Pedro de Gante obtuvo en 1526, que la autoridad civil apremiara a los señores indígenas a enviar sus hijos a la escuela, al paso que la primera ley sobre enseñanza obligatoria no la promulgó Inglaterra sino en 1870, o sea 344 años después de México. (Ev. II. 479 Ext. May. 1917)

"Cosas se hicieron en la época de la conquista y en los años inmediatos, que no se han repetido después y que parecen fabulosas." (Disert. I. 277). Una de éstas, y no la menor, fueron "los gigantes esfuerzos de aquel lego inmortal, que sin más recursos que su indomable energía, hija de su ardiente caridad, levantaba de cimientos y sostenía tantos años la magnífica iglesia de San José de Naturales, un hospital para niños indios, y un gran establecimiento que era a la vez escuela de primeras letras, colegio de instrucción superior y de propaganda, academia de bellas artes y escuela de oficios: un centro, en fin, de civilización," (Icaz) que por ser tal se apresuró a derribar la barreta de la Reforma, tras de acusar a "los frailes de haber embrutecido a los indígenas, inculcándoles la superstición y la ignorancia."